

# OROSPEDA

REVISTA QUINCENAL  
CIENCIA \* LITERATURA \* ARTE

Año II

Murcia 15 de Enero de 1917

Núm. 4

## Algunas consideraciones históricas

SOBRE LOS FENÓMENOS

DE *desdoblamiento* DE LA

PERSONALIDAD

I.

Es mi propósito en el presente artículo, reproducir algunos casos célebres del fenómeno que los psicólogos conocen con el nombre de *desdoblamiento del Yo*; exponer luego ciertas explicaciones que se han formulado, y hacer ver, por último, que grandes pueblos antiguos han profesado firmemente la creencia en la realidad de esos hechos.

A) *Caso de Ugema Uzago.*

Este caso es referido por un misionero que lo presencié en Africa.

Trátase de un fetichero y adivinador célebre, jefe de la tribu de los Yabikúes y amigo del misionero. Un día, hablando con éste, Ugema le dice que el Maestro, *el que todo lo puede*, ha invitado a todos sus discípulos para congregarse, la noche siguiente, en el teso de los Yemvi.

—No podré, pues, venir aquí, añadió Ugema.

—Cómo!—exclamó el Reverendo—en el teso de los Yemvi! Si se necesitan cuatro buenas jornadas de camino para llegar a él! No estarás a tiempo.

Ugema contestó con orgullo:

—Ven conmigo mañana por la noche; verás lo que sabemos hacer nosotros, los brujos negros!

«En efecto—cuenta el misionero—, al día siguiente, a la caída de la tarde, estaba en casa de Ugema.

—Voy a comenzar al instante los preparativos de mi partida—dijo éste—; así que esté en ello, no me interrumpas, por tu vida, porque sería la muerte segura para tí y para mí.

Prometíselo solemnemente, y le pregunté:

—Quedamos en que vas al teso de los Yemvi, a la vieja aldea abandonada, verdad?

—Sí; yá te lo he dicho.

—¿Querías hacerme el favor de decirle una cosa a Esaba, el negociante en caucho que vive en la aldea de Ushong, al pié del teso? (Esaba era un cristiano convertido, muy devoto y servidor de los misioneros, a quienes solía hospedar en su casa).

—Con mucho gusto.

—Pues dile, cuando pases por su puerta, que tengo necesidad de verle, que venga inmediatamente, y que me traiga los cartuchos de la escopeta de caza que dejé olvidados en su casa en una cajita de hierro.

—Cumpliré tu encargo. Esta misma noche se lo diré a Esaba, y mañana se pondrá en camino. Ahora, no hables una palabra.

Entramos en el cuarto de los fetiches. Ardía en el centro un fuego de hierbas aromáticas y de maderas de fuerte olor, y las llamas, claras y brillantes, iluminaban el aposento todo. Me senté en un rincón. Entretanto, Ugema, al mismo tiempo que canturreaba una melodía extraña, se despojaba de su traje ordinario, poniéndose uno por uno sus fetiches, dando vueltas lentamente alrededor del fuego y girando a la vez sobre sí

mismo. El movimiento continuó hasta que los tizones consumidos no despedían sino moribundo resplandor, apenas algunas llamas fuliginosas, insuficientes para disipar la oscuridad que invadía el sitio. De pronto, Ugema se detuvo; oyóse en el techo un silbido estridente, imperativo, y ví deslizarse hasta nosotros una serpiente negra, de la especie más peligrosa, que primero volvió hacia mí la cabeza, agitando su dardo con extraordinaria rapidez, y después se lanzó sobre el brujo, estrechándole.... Ugema, sin dar muestras de emoción, cogió un pomito, derramó en las manos un líquido rojizo, de olor fuertemente aliáceo, y frotóse sucesivamente todo el cuerpo, empezando por los pies. La serpiente, que no era otra cosa sino su animal familiar, su Elangela, el ejecutor de sus sentencias de muerte, rodeó su cuello agitándose según el ritmo de la danza y de la melopea..... Encendí una antorcha para ver lo que ocurría. Ugema se acostó en el lecho, y un olor acre, verdaderamente raro, llenó el cuarto, costándome trabajo soportarlo. Me acerqué a Ugema. La serpiente había desaparecido, y el fetichero dormía profundamente, con un sueño al parecer cataléptico. Levantéle los párpados, y tenía los ojos vidriosos, en blanco, sin hacer ningún movimiento ante la llama de la antorcha. Alcéle un brazo, y éste volvió a caer inerte, rígido. Le pinché con un alfiler, y no observé ninguna contracción de los músculos. Los latidos del corazón eran imperceptibles.

Permanecí toda la noche a su lado, y no advertí en su cuerpo el menor movimiento. Por la mañana, a eso de las ocho, Ugema comenzó a agitarse ligeramente; poco a poco volvió a él la vida; se levantó, miróme sorprendido, como preguntándose qué hacía yo allí. Por fin, recobró el conocimiento.

—Ah!—dijo—qué cansado estoy!

—Hiciste el viaje?

—Ya lo creo! Eramos muchos. Nos hemos divertido bastante!

—Cumpliste mi encargo? Viste a Esaba?

—Sí. Le he hablado esta noche.

—Pero si no te has movido del lecho en toda ella!

—No, yo no estaba sobre este lecho; mi cuerpo estaba ahí, pero, ¿qué es mi cuerpo?

Mi yo no estaba ahí; yo estaba en el teso de los Yemvi.

No quise preguntarle más, y volví a la Misión, sin saber a qué atenerme sobre el suceso.

Tres días después, Esaba llegó a la Misión.

—Padre:— me dijo—he aquí los cartuchos que me encargaste el otro día por medio de Ugema. Qué más me quieres?

No me fué difícil pedirle cualquier cosa.

—Cuándo te avisó Ugema?

—Por la noche, a eso de las nueve, hace tres días.

(Esa era precisamente la hora en que Ugema cayó en el sueño cataléptico.)

—Le viste?

—Oh! no! ya sabes que nosotros los negros tenemos miedo a los fantasmas de la noche. Ugema llamó a mi puerta y me habló desde afuera, pero no le he visto.»

Per la condición del observador y por las circunstancias del caso, esta observación tiene, como hace notar el Dr. P. Joire (1), un valor extraordinario.

B) *Caso referido por Jung Stilling y recogido por Dupotet.* (2)

«En 1740, vivía en las inmediaciones de Filadelfia un hombre criginal que pasaba por adivino. Una señora que no había recibido hacía mucho tiempo noticias de su marido, capitán de navío que había marchado a Europa, estando muy intranquila sobre su suerte, recibió el consejo de dirigirse a ese adivino; el cual, después de saber lo que quería, rogóla que le esperase mientras iba a buscar las noticias que deseaba. Pasó a una habitación próxima, y la señora se sentó, esperándole. Prolongándose demasiado su ausencia, impacientóse y creyó que la había olvidado; se aproximó quedo a la puerta, miró a través de una rendija, y vió con asombro que el adivino estaba echado sobre un sofá, sin hacer ningún movimiento, como si estuviese muerto. No creyó oportuno perturbarle, y esperó su vuelta. Le dijo que su marido no había podido escribirla por tales

(1) *Les phénomènes psychiques et supernormaux.* París, 1909. Pág. 83.

(2) Dr. L. S. Fugairon: *La survivance de l'ame;* París, 1907. Pág. 134.

o cuales razones; que en aquél momento se hallaba en un café de Londres, y que pronto volvería a su hogar. El regreso del marido tuvo lugar conforme estaba predicho, y habiéndole preguntado la mujer los motivos de su silencio, alegó precisamente las mismas razones que había dado el adivino. La mujer tuvo grandes deseos de verificar el resto de las indicaciones, y se vió satisfecha plenamente cuando su marido, en presencia del adivino, reconoció por haberle visto, cierto día, en un café de Londres, donde el segundo le había dicho que su mujer estaba muy intranquila por su ausencia; a lo cual había respondido el capitán explicando por qué no había podido escribir y añadiendo que estaba en vísperas de embarcarse para América. Después, el capitán había perdido de vista al extranjero, que se metió entre la gente, y no había oído hablar más de él.» (1)

He ahí dos casos interesantísimos de *desdoblamiento*. Podrá (y aun deberá) discutirse la exactitud de todas sus circunstancias, pero cuando reparamos en que parecen haberse observado científicamente casos de *lucidez* hipnótica (natural o artificial), como los que fueron objeto de las experiencias del Dr. Ferroul de Narbona con Anna B..... (2) en 1894, y en que estos casos no son *ni más ni menos extraordinarios* que los anteriores, la cuestión parece mucho más digna de atención seria. Diría yo que en cualquier fenómeno de *visión hipnótica* hay siempre un principio de *desdoblamiento*, puesto que, siendo, todo, en la vida psicológica ordinaria, psico-físico, desde el momento en que el Yo prescinde, en una u otra forma, de los medios normales de comunicación con la realidad exterior, aquél principio se manifiesta.

## II.

En su interesantísimo opúsculo: *De la adivinación mediante el sueño*, Aristóteles recurrió a la teoría del movimiento para explicar ciertos extraños fenómenos, y sus palabras son muy dignas de recuerdo: «Cuando se agita el agua o el aire,—dice—el aire y el agua pueden comunicar el movimiento a cualquier otro objeto; y cuando el movi-

miento inicial se ha detenido, el segundo puede propagarse hasta cierto punto, aun cuando el motor haya cesado de obrar. También puede suceder que durante los sueños llegue a las almas cierto movimiento, cierta sensación, de donde saca Demócrito sus *copias* y sus emanaciones de las cosas; y estos movimientos, cualquiera que sea la manera con que lleguen al alma, son más sensibles durante la noche..... Estos movimientos son precisamente los que producen las imágenes, mediante las cuales se prevé lo que debe suceder en casos análogos..... Si algunos hombres, que experimentan transportes extáticos, tienen previsiones del porvenir, es porque los movimientos personales no los turban, *estando en ellos como ahogados*, y están más dispuestos a sentir los movimientos que les son extraños. Si hay personas cuyos sueños se realizan, y si los amigos preven sobre todo lo que concierne a sus amigos, esto nace de que los que se conocen piensan más los unos en los otros que en los demás. Y así como, aunque estén a una larga distancia los amigos, se les reconoce mejor que a todas las demás personas, *así se hacen más sensibles sus movimientos, porque los movimientos de las personas conocidas son también más fáciles de conocer.*»

Así pues, Aristóteles considera el fenómeno de la adivinación durante el sueño, y aun las visiones del éxtasis, como casos de transmisión de movimiento, o, lo que es lo mismo, como efectos de una *fuerza*, que podrá contener ciertas manifestaciones de la actividad del Yo, pero que de ningún modo le *desdobla*.

Resumiendo otras teorías acerca del organismo humano, el Dr. L. S. Fugairon, en su curioso libro sobre *La supervivencia del alma* (1) escribe: El hombre está constituido por un cuerpo carnal o *sarcosoma*, visible y palpable, y por un cuerpo aéreo o *aerosoma*, invisible e impalpable, especie de nube compuesta de corpúsculos de diversos grados de complejidad. Entre las partículas etéreas que entran en la composición del *aerosoma*, hay algunas de un desarrollo psíquico superior al de las demás. A estas partículas llama el Dr. Fugairon: *psíquicas*, y a su conjunto: *psi-*

(1) El Dr. Fugairon refiere, además, otro caso, relatado por Gougenot des Mousseaux.

(2) cf. *Joire*; obra citada; pág. 291.

(1) París, 1907; pág. 137.

*cólón.* «En casos muy raros,—dice, fundándose en interesantes experiencias fotográficas—el aerosoma puede salir del sarcosoma y alejarse de él más o menos, permaneciendo a él unido, y después entrar en el sarcosoma. En casos más raros todavía, el psicólón puede salir con el aerosoma e ir muy lejos, para volver también al sarcosoma al cabo de cierto tiempo. La salida del aerosoma solo, se verifica durante un adormecimiento más o menos señalado, mientras que la salida del psicólón no tiene lugar sino durante un sueño muy profundo...»

### III

Sea lo que quiera de estas explicaciones, que por ahora me parecen un tanto prematuras (sobre todo mientras no se demuestre de un modo plenamente satisfactorio el carácter específico de la fuerza psíquica), no deja de ser significativo que un pueblo antiguo como el Egipto creyese firmemente en la realidad del *desdoblamiento*.

Creían, en efecto, los egipcios, que todo lo que vive (dioses, hombres, animales, árboles, piedras, etc.) encerraba en su interior una imagen reducida, que era el alma. Llamaban *Ka* (*Doble o Genio*) a esta imagen, que, tratándose del hombre, era un *homunculus* con sus mismos rasgos. El *Doble* estaba unido a la forma corporal; pero además existía, según los egipcios, un alma móvil y espiritual, llamada *Ba*:



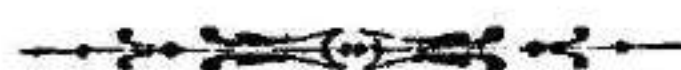
«Esto supuesto, la vida, para los egipcios, dura mientras el individuo disfruta de la unión de su cuerpo y de su doble. Ahora bien, hay momentos en que el doble se separa del cuerpo: durante el sueño y durante ciertas enfermedades que traen consigo el desvanecimiento o el coma, el doble se va; al salir del sueño o del coma, si el individuo «vuelve en sí», es que recupera su doble. Lo que se llama muerte no es otra cosa que un desvanecimiento más largo, que puede cesar si el doble vuelve. Después de la muerte, cada uno de los elementos del individuo, el cuerpo y el doble, sigue viviendo aisladamente. Trátase, pues, para hacer inofensiva la muerte, de poner el cuerpo en estado de resistir a la descomposición, consecuencia fu-

*nesta del desdoblamiento*; es preciso conservarle tan intacto como sea posible, para que el alma-doble pueda reconocerle, a su vuelta, y habitarle de nuevo... De ahí la necesidad de los ritos de la sepultura.» (1).

Tenemos aquí, por consiguiente, un pueblo, el egipcio, cuyos ritos fúnebres quedan explicados por la *teoría del desdoblamiento*. Y ese pueblo fué precisamente el que adocionó a Moisés, y el que ostentó su ancianidad melancólica y reflexiva, en tiempo de Solón, ante la juvenil alegría helénica. Las ideas egipcias han supervivido en ese sentimiento de *respeto al cadáver*, que tan arraigado se halla entre nosotros; y hoy la ciencia vuelve a teorías que como se ve, ofrecen singular semejanza con las profesadas en la época de los Faraones.

ADOLFO BONILLA Y SAN MARTIN.

## Los Exploradores y los pájaros



El señor Llovera me solicita para que escriba algo en OROSPEDA. Mi deber es complacerle: 1.º Por hondo afecto personal.— 2.º Porque el señor Llovera, con legítimos títulos, conquistados en fecunda y perseverante gestión educadora, tiene derecho a exigir lo que cortésmente suplica. Esto es claro lo que está oscuro es que yo sepa y pueda corresponder como se merece la cariñosa solicitud. Escribir para el público es algo muy inocente, si no se consigue deleitar e enseñar, y el que no tiene condiciones para ello se calienta el magín para que los lectores aburridos le compadezcan. Yo he encontrado una fórmula para salir del apuro. Fórmula adoptada: Solicitar yo también. ¿Para

(1.) A Moret: *Au temps des Pharaons*; Paris, 1908, pág. 272.—*Idem. id.: Le Rituel du culte divin journalier en Egypte*; Paris, 1902; pág. 33.

quién? Para un inocente perseguido con crueldad; para un honrado trabajador que labora sin descanso; para un tierno amante; para un padre amoroso, de abolengo ilustrísimo, de soberana estirpe, que ha prestado y presta servicios incomparables a la humanidad. En una palabra, para el pájaro; y a tal efecto recurrimos con la siguiente solicitud:

Sr. Don Isidoro de la Cierva.

Tiene V. la grata fortuna de presidir la fecunda labor de un organismo que puede y debe prestar grandes servicios a la patria. Los exploradores murcianos sienten por V. cariño, respeto y admiración; y ser dueño de los nobles sentimientos de una juventud disciplinada, que camina gozosa tras nobilísimas ideales, es poseer un tesoro valiosísimo, tesoro de fecunda savia generadora de inmensos bienes morales y materiales.

Una vida más superior de la que ha sufrido y sufre la humanidad, exige amplias fórmulas, donde la fé, el amor, el trabajo conquisten para todos la mayor suma de bienes, la mayor suma de fuerzas de cohesión trasmisora de excelsos ideales. El océano social como el océano atmosférico tiene sus fenómenos terribles y destructores; y sus bonanzas amables y fecundas. La envidia, la soberbia, el odio y otras funestas pasiones son los rayos y huracanes del espíritu humano. La cultura, la bondad, el amor, el deber son los rocíos que lucen las perlas del sentimiento y la ternura.

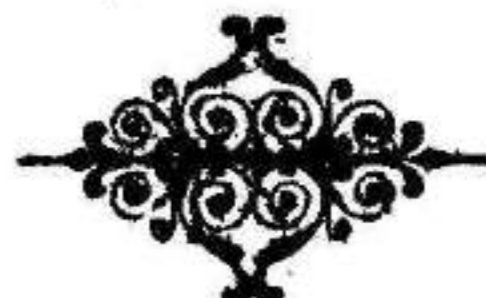
Entre los pliegues y repliegues del espíritu social, se cobijan los gérmenes salvadores, y extinguir los nocivos es alta y necesaria misión de necesario poder educativo. Que en la eterna, angustiosa y constante lucha venza el espíritu cristiano con sus purros, ideales es la finalidad más augusta, es la victoria más gloriosa, más santa, más divina a que pueden y deben aspirar los espíritus selectos. Usted, amigo don Isidoro, tiene un esforzado espíritu, perfectamente acondicionado para los nobles empeños; usted dispone de fuerza colectiva tan valiosa, tan simpática, como es la organización de los Exploradores, y por tanto, usted está en ventajosa posición para conseguir mucho que perdure en el catálogo de los elevados propósitos convertidos en realidad por es-

fuerzos tan perseverantes como plausibles.

No he de ser yo quien indique a quien no necesita indicaciones, consejos, ni enseñanzas, el camino, forma y manera que lleve, pronto y bien, al triunfo de los patrióticos fines que informan los preceptos del explorador. Sí me permite suplicar a usted, porque así me lo exige un fuerte anhelo, que llegue muy pronto el día, en que el pájaro goce de la libertad y amorosa protección que se merece por sus meritísimos servicios. Al efecto, bastaría con que usted y la juvenil tropa se constituya en sus defensores incansables; y, en propagandistas persistentes, de los beneficios que dan al agricultor las aves insectívoras, salvando a las plantas de las plagas de los agentes microscópicos. A usted le sería muy simpático y hacedero que la entusiasta tropa adquiriese de agrónomos forestales y artistas, lienzos pintados breves y monografías con las especies más útiles al labrador. A usted y a los suyos que en todas partes son recibidos con alegría y confianza, les sería gratísimo conseguir que la torpe persecución de que hoy es víctima el pájaro, se transforme en cariñosa solicitud. Y si en día dichoso, en lugar escogido de la huerta, las notas del clarín, el himno conmovedor y el movimiento de las banderas anunciasen la *suelta de aves insectívoras*, como pacto de amor entre el hombre y el pájaro; ese día feliz, ese momento sublime, perduraría, porque son perdurables las horas augustas, en que fundiéndose los corazones en comunión adorable, realizan actos tan fecundo de intensa espiritualidad.

La exposición queda en buenas manos. Me falta dar la enhorabuena a don Isidoro, porque al realizar todo o parte de lo que se solicita, puede añadir otro servicio a los que lleva realizados en favor de los intereses morales y materiales que viene defendiendo con inteligente y patriótica perseverancia.

FRANCISCO PATO Y QUINTANA.



## Esta alegría, este placer...

—  
 ¡Cuánto he sufrido, vida mía!  
 ¡Cuánto he luchado por lograr  
 este placer, esta alegría,  
 el dulce encanto de este día,  
 este embeleso singular...!

—  
 En la batalla encarnizada  
 triunfó el amor y la ilusión.  
 Con el dolor de la jornada  
 nuestra victoria está lograda.  
 ¡Despierta y ríe, corazón!

—  
 Despierta y ríe, porque quiero  
 que aquí, en mi pecho, prisionero  
 donde el amor te hizo sufrir,  
 goces, latiendo más ligero  
 esta alegría de vivir,

—  
 esta alegría soberana,  
 que es como un claro hilo de luz  
 que en vivas chispas se desgrana  
 sobre la sombra, ya lejana  
 de mi calvario y de mi cruz.

—  
 Este placer desconocida  
 que llega al fondo de mi sér,  
 tiene un encanto no sentido  
 cuyo misterio está escondido  
 en unos ojos de mujer.

—  
 Porque en tus ojos, vida mía  
 hay una llama de poesía,  
 hay un incendio de pasión.  
 Para abrazarte en mi alegría  
 ¡despierta y ríe, corazón!

—  
 Amada: Apoya en mi cabeza  
 tu blanca frente virginal.  
 Pasó el dolor y la tristeza;  
 pues ya tu cándida belleza  
 todo lo ha ungido de ideal.

—  
 Ya nada queda del pasado;  
 un nuevo aliento nace en mí,  
 y el corazón enamorado

para el amor ha despertado  
 y vive sólo para tí.

—  
 Sí; para tí, que mi amargura  
 sabes calmar y mi dolor;  
 porque palpita en tu alma pura,  
 entre tesoros de ternura  
 la esencia viva del amor.

—  
 ¡Bendito amor que así convierte,  
 a fuerza de constancia y fe,  
 en vida rica, sana y fuerte  
 el negro espectro de la muerte  
 que yo, entre lágrimas, busqué!

—  
 Huyó la eterna redentora...  
 Cerré mis ojos y creí  
 en tu palabra bienhechora.  
 Tú eras la vida triunfadora  
 pues la Esperanza estaba en tí.

—  
 Y así, soñando y consagrando  
 la vida al goce de esperar,  
 fueron las almas encontrando  
 tan dulces goces esperando,  
 que eran felices con soñar...

—  
 Un dulce ensueño misterioso  
 fué toda nuestra juventud;  
 mi pobre espíritu amoroso  
 halló en tu aliento valeroso  
 copiosa fuente de salud.

—  
 Y al fin, radiante de alegría,  
 llegué a poder llamarte mía  
 que era mi más bella ilusión.  
 Como en la luz de un nuevo día  
 siento bañado el corazón.

—  
 Lo ha despertado este contento,  
 esta alegría, este placer,  
 este divino sentimiento  
 que recompensa en un momento  
 todo mi eterno padecer...

• • • • •  
 • • • • •  
 ¡Despierta y ríe, corazón!  
 Mujer forjada de ilusión,  
 oye su alegre palpar.  
 ¡Como si fuera una oración  
 dice tu nombre al despertar...!

ENRIQUE SORIANO.-

# Cuentos de "Oróspeda,"

## EN SEVILLA MATÉ A UN HOMBRE...

Aquella tarde se animó más que de ordinario la «Tertulia de los Viejos» en la soleada y alegre glorieta provinciana.

El ancho banco de jaspe, adosado espléndidamente por una corpulenta acacia, ocupábalo media docena de contertulios madrugadores. Los rezagados conversaban de pie, mientras no había hueco.

Tomé yo asiento en un banco inmediato al corro, al tiempo en que Manolo Machuca, el Fortunero, comenzaba la narración de una de las ya remotas aventuras de su vida inquieta y casi nómada, llena de gallardías y pródiga en azares de la suerte.

Y refirió esto que voy a transcribir:

—«Cuando yo regresé de América la primera vez, Rosa, mi pobre mujer, venía muy enferma. Yo abrigaba la esperanza de que este clima y el cuidado que podía permitirnos el no pequeño capital ahorrado, le devolverían la salud. No ocurrió así; y a los pocos meses enviudé. Como no tenía hijos ni me quedaba otra familia, el estado de mi espíritu en los primeros días era de un profundo desamor a la vida. Mi ilusión por la tierra natal y por unirme a los amigos, pocos, con que todavía contaba, se amenguaba, casi se desvanecía. Por otra parte, mis cuarenta y siete años pesaban ya demasiado para pensar en renovar aventuras; en una palabra, me invadió el aburrimiento más desesperante.

Pasados unos meses, comencé nuevamente, porque es ley de la vida, a hacerme cargo de las cosas, y decidí quitarme de encima aquel tedio que me consumía, que iba minando en mi salud como la carcoma en un traste viejo.

Yo no me avenía a vivir solo. Yo debía casarme. Así me lo decían los amigos y me lo aconsejaban las mismas viudas con quienes solía consolarme. Ellas hubieran hecho eso, de poder elegir, como hacen los hombres.

Y me resolví a buscar nueva esposa. Sí, señores, me resolví, y desde aquel momento mi cabeza se convirtió en unas devanaderas. Porque me preguntaba yo:

—Vamos a cuentas, Manolo. ¿Tú estás ya en el caso de enamorarte como un colegial de la primera zangolotina que te salga al paso? No, señor; harías el oso lamentablemente. ¿Y crees tú que debes casarte sin cariño, por no aburrirte en tu soledad? De ninguna manera, porque

...«es más espantosa todavía,  
la soledad de dos en compañía.»

Y ¿qué diréis que se me ocurrió entonces? Pasar lista mentalmente a las que fueron mis novias de mozo, en mis correrías de pañero ambulante por casi toda España. Tal vez alguna habría muerto; acaso otra se conservara todavía en estado honesto; puede que alguna hubiese enviudado, como yo. Ello es que no me parecía difícil resucitar un viejo amor, pero amor de juventud, para anudarlo de nuevo, después de veinte años largos de talle.

El primer nombre que se me apareció en mis recuerdos, en aquella exhumación de amores idos, fué el de Paula González, una sevillana rechoncha, rubia y sensual. Era hija del mesonero de Las Delicias, en el paseo de este nombre. Ella me hizo sentir los primeros celos; por ella anduve a palos con algunos rivales, y a ella, en fin, consagré durante un par de años una afición alge equivocada que llegó a sorberme el seso.

¿Qué sería de aquel pedazo de humanidad, terso y rosado, zalamero y rico, que me llamaba *niñito mio* y respingaba la nariz en sus mohines adorables?

Por otra parte, en aquella situación mía de viudo solitario, un viaje a Sevilla me caería como un vigoroso reconstituyente moral.

¿A qué titubear? ¡Hala, hala! ¡A Sevilla!

Diez días después, la diligencia, porque los trenes andaban todavía en pañales, me dejaba a la puerta del viejo mesón sevillano. Al tiempo de recoger la maleta y dar la propina al mozo, observé, sorprendido, que por la espalda me oprimían pesadamente unos carnosos brazos femeninos, y una risotada ingenua me cosquilleó en las orejas.

—¡Maoliyo! Pero ¿ande vas tú, estantigua? ¿No me has reconosío entoavía, so gitano? ¡Y yo que te resaba toos los miércoles! ¡Habrá ladrón, esaborío y pelma!

Me entró a empujones al mesón. Inquirió mi estado y mi situación, y sin dar espacio a que yo hiciese lo propio; me contó en un chaparrón de charla pintoresca, que el hospedaje lo heredó de su padre, y que ella, gracias al Señor del Gran Poder, a su buena crianza, y también a sus puños, había sabido conservarse sin mácula, en todo su virginal esplendor... para lo que gustase mandar.

Hizo una pausa para ordenar que me alifiasen los criados la mejor habitación y que me trataran ¡como si fuese el amo! Luego pegó de nuevo la hebra para encarecerme lo viento en popa que marchaba el mesón, gracias al ángel y a las simpatías y al aquel de su persona; dedicó varios requiebros a la mía, un tanto ajada ya, y se internó para reanudar sus trajines.

A decir verdad, la contemplación de mi exnovia no me impresionó tanto como fuera de esperar. Al cabo de tantos años vividos en buen ambiente, mis gustos se habían refinado bastante, y aquella mujer, para hacerla propia, resultaba de una ordinariez desconcertante.

Por lo demás, como hembra ¡phs! no carecía de espléndidos encantos, pero encantos de «si te ví no me acuerdo»; de temporada, como las playas en verano.

Aquella noche dormí como un tudesco.

Al amanecer me lancé por las calles de la hermosa ciudad, ganoso de saturarme de aquella alegría ambiente, que está en todo, que fluye de todo, de sus mujeres, de su cielo de su Giralda, de su río, de sus patios apacibles, de sus rejas floridas, de su alma andaluza... Fue aquel un día feliz, y sin embargo, sobre mí y sobre mis proyectos de reconsti-

tución meral y doméstica, se cernía una nube trágica.

Era Junio. Volví al mesón después de oscurecer y hallé a Paula canturreando junto al fogón. Le dije brutalidades que la hacían reír como una descosida, y algo me fuí también de las manos, cuando ella, acordándose quizás de aquella intangibilidad corpórea de que se me jactaba el día anterior, hubo de parármelas, respingando la nariz, según costumbre, y diciéndome en un tonillo ambiguo:

—¡Oye, niñito: que no vale achuchar!

Volví en esto la cabeza y observé que en el centro del zaguán me enfocaban dos ojos profundos y fieles. Eran los de un caballero cincuentón, desmedrado y chiquitín, que, puestos en jarras los brazos, y el bigote de punta como un gato, balanceaba el busto con aire provocativo y burlón.

Al encararme con él, el hombrecillo me llamó con la mano. Obedecí a la mímica, y en pos de él traspuse el portal. Paula, abstraída en sus quehaceres, no se dió cuenta de esta escena muda.

—Estoy a la disposición de usted, señor mío—dije al desconocido ya en la calle.

—¡Conque vosté mestá birlando la dona!—exclamó con áspero acento catalán.—Pues ha de saber vosté que Napoleón Fenollar, tiene muy buenos puños para aplastar narises, ¿sabe?

Mi primer impulso fué el de machacarle la cabeza, acordándome de mi simbólico apellido; pero me contuvo la sospecha de que fuese un pobre loco, y me limité a exclamar:

—Conque narises, eh?

—Narises y lo que venga al caso, señor. ¿Vosté lo duda? ¿Vosté me toma por un mequetrefe?

—Al pronto lo tomé a usted por un loco y ahora me parece usted una cacatúa en celo, señor Taratatito—reliqué yo.

Don Napoleón berreó como un novillo, me mostró entrambos puños, y dijo:

—Si vosté es hombre, sígame. Si no me sigue ¡brrrr! (volvió a berrear) vosté es un chulo.

Y echó a andar. Declaro que tuve que hacer un supremo esfuerzo para no patearle los hígados. Pero acepté el reto con ganas de desahogar mi indignación. Y le seguí a cier-



ta distancia, temeroso ya de que se me escapara.

Pero no. Momentos después nos encontramos en lugar solitario del muelle del Guadalquivir. Mi retador se paró en firme, giró sobre sus talones, se me puso de frente, engalló el busto, y, alzando otra vez los puños con siniestro ademán, exclamó:

—¡Sí, señor, las narises y lo que venga al caso!

Y se arrojó sobre mis piernas como si quisiera voltearme. Entonces, le busqué la cara y le propiné dos brutales puñetazos. Cuando pude desasirme de mi adversario, le volví de espaldas de un empujón, le apliqué la bota en sitio conveniente y lo lancé al río.

Le ví describir en el espacio algo así como un arco árabe y oí el golpe crispante de su menguada persona al chocar en las aguas.

—¡Adiós, don Napoleón Fenollar! ¡El cielo te ampare y me perdone a mí!

Y me alejé mirando en derredor con desorbitados ojos. Ví sombras lejanas de rezagados paseantes o guardas del muelle, quizás testigos de mi nefando crimen... ¡Me perseguirían! ¡Oh, la visión del presidio me llenó de espanto! Y corrí hacia el fementido mesón, de donde extraje la maleta pretextando motivos incoherentes; un viaje inopinado; tenía que escoger unos toros en San Lúcar la Mayor; me aguardaban unos amigos... En fin, me hice un lío, pero salí del paso.

A los muy pocos, alquilé un carruaje ligero, y tres horas después me encontré en San Lúcar.

Me acomodé en una venta y esperé el paso de la diligencia que había de conducirme a

Cádiz. Todo salía a pedir de boca. A los dos días del trágico suceso zarpaba un buque para Montevideo y Buenos Aires. Tomé pasaje y me despedí de España lloroso, abatido y con la pesadumbre de haber envilecido mi mano (mi pie dijera mejor) quitando la vida a un semejante... hasta cierto punto.

Tres meses después, una tarde en que me hallaba en el Casino Español de Montevideo, rodeado de antiguos camaradas de aquella linda ciudad, que siempre amé como a mi segunda patria, acababa de repartirse el correo de España.

Uno de mis contertulios desdobló un periódico, y entre otras noticias leyó en alta voz la siguiente:

«SEVILLA.—Anoche, en el Guadalquivir, se efectuó con gran éxito y ante un gran gentío la prueba del ingenioso aparato de natación conocido por *el chateco insumergible*. Su autor, don Napoleón Fenollar, como ya había hecho en Zaragoza y otros puntos, fingió un desafío original con un infeliz forastero y se dejó arrojar violentamente al río. Ya en él, sin despojarse de ropas, comenzó a pasear por las aguas en diferentes posiciones, y así permaneció durante tres horas.

Salió sin fatiga alguna. Se observó, únicamente, que tenía el rostro inflamado, por la acción de un baño tan largo».

—¡Mentira!—exclamé botando del sillón. La inflamación fué efecto de dos grandes puñetazos que le descargué, antes de darle la tremenda patada que le echó al río.

JOSÉ FRUTOS BAEZA.



# POETAS EXTRANJEROS

## LIRA LUSITANA

### LA VUELTA AL HOGAR

(DE GUERRA JUNQUEIRO)

¡Cuántos años hace que partí llorando  
de este inolvidable, cariñoso hogar...!  
¿Fué hace veinte años...? ¿Treinta...? ¡No sé cuando!  
¡Ay, vieja ama mía que me estás mirando,  
cántame canciones para recordar!

Dí la vuelta al mundo... Recorrí la Vida,  
y sólo hallé engaños, decepción, pesar;  
mi alma ingenua viene triste y dolorida...  
¡ya que me estás viendo, vieja ama querida,  
dame tus canciones para descansar!

El corazón traigo de amargor deshecho...  
Vé cuanta honda pena nubla mi mirar...  
¡Nunca abandonara este nido estrecho...!  
¡Pobrecita vieja que me diste el pecho,  
con aquellos cantos vuélveme a arrullar!

Dios puso en las dulces brozas de mi nido  
pedrería de astros con gema lunar;  
Me robaron todo, todo lo he perdido...  
¡Ay, vieja ama mía, qué infeliz he sido,  
cántame canciones que me hagan llorar!

¡Vengo muerto... muerto! Sobre tu costado  
mi frente, como antes, déjame apoyar;  
¡Ay, tu pobre niño cómo se ha cambiado,  
pobre vieja mía, cómo se ha trocado...!  
¡Cántale que pueda dormir y soñar!

Cántame, ama mía, con tu acento amigo  
canciones muy tristes, cual noche de mar;  
¡Cántame tus cantos a ver si consigo  
que mi pobre alma tenga paz conmigo,  
pues la muerte pronto me vendrá a buscar!

P. JARA CARRILLO.

## Dos obras inéditas sobre escritores murcianos

EL ANIVERSARIO DE DON ANDRÉS BAQUERO.  
—FRAGMENTO IMPORTANTE DE UNA CARTA  
DEL INSIGNE ERUDITO.—BAQUERO Y TE-  
JERA.

El pasado día 6 de los corrientes se cumplió el primer aniversario de la muerte del insigne erudito murciano don Andrés Baquero y Almansa. Los periódicos de esta capital han conmemorado aquella triste fecha dedicando un sentido recuerdo al inolvidable Maestro, que aún lloran las letras murcianas. La Redacción de OROSPEDA no puede pasar tampoco en silencio esta luctuosa conmemoración, y yo, en su nombre, cumpla con un deber, que consideramos sagrado, expresando nuestros sentimientos de ferviente homenaje en memoria del muerto ilustre.

A este propósito he de reproducir brevemente una indicación que en otra ocasión análoga hice, no ha mucho. Me refiero a la publicación del libro sobre *Escritores Murcianos* que dejó inédito el señor Baquero. Respecto de esta obra dije en la fiesta que celebró en su honor el Círculo de Bellas Artes:

«La labor murcianista y literaria del gran erudito quedó truncada por la Muerte. El señor Baquero había ya publicado, como todos sabéis, además de gran número de artículos y folletos de erudición sobre nuestros antiguos escritores y artistas, que fueron como sus primeros ensayos y tanteos, su admirable y monumental *Catálogo de los Profesores de las Bellas Artes Murcianos* (1913) y preparaba la publicación de otro libro complementario de aquél, dedicado a los *Escritores de Murcia*, trabajo al que consagró toda su vida laboriosa y ejemplar

Sabemos que esta obra la dejó muy adelantada, casi terminada. Ella debe de ser un rico tesoro de noticias históricas y el mejor monumento elevado en gloria de los antiguos escritores y poetas de esta Región. En una de sus últimas cartas me decía el señor Baquero que tenía ya escritas más de mil cuartillas de ella y que pensaba darla a luz a fines del presente año.»

En efecto; por juzgarlo de positivo interés para este fin y de gran autoridad, copiaré los párrafos aludidos de aquella carta—fecha el 15 de Diciembre de 1914—en que el Maestro expone, con su peculiar dicción, llana y castiza, el plan de su obra:

«Yo vengo ocupándome en el estudio de las Letras y la Imprenta Murcianas, desde ha muchos años; por fin he organizado y puesto en orden mis apuntes y he comenzado a escribir el libro de nuestros Escritores, que pienso haga pareja con el de nuestros Artistas, que supongo conocerá V.; aunque éste de los Escritores, por lo que llevo hecho, me temo que resulte un tomo aún más abultado. Llevo ya unas 1200 cuartillas. Creo que lo acabaré por todo el año que viene... En la obra que tengo en el telar, yo, a lo que aspiro es á que resulte la riqueza erudita en el conjunto, dando a conocer a Murcia centenares de hijos suyos, que merecen recuerdo y que actualmente ignora. Y de los conocidos, mi propósito es dar su semblanza, más o menos importante, tal como yo la veo. No pretendo apurar la erudición; ésta la tomo como un medio, no como un fin. Llego hasta donde puedo, con buen deseo y crítica honrada. Lo importante para mí es formar juicio del valor de cada cual, y exponerlo llanamente. S. V. publica pronto su libro, sin duda que hallaré en él cosas que utilizar para el mío.»

Tales eran la autocrítica y el plan a que el señor Baquero quería ajustar su obra. Conviene que estas sus mismas palabras las tengan muy en cuenta sus editores cuando llegue el momento de dar á luz tan interesante libro. ¿Habré ahora de repetir también

que es de desear que *ese momento* no se retarde mucho? Es cuestión de honra para la cultura murciana.

Hubo un tiempo en que cierto escritor se atrevió a afirmar que Murcia y esta región levantina eran refractarias al cultivo de las Artes y de las Letras, que aquí no nacían artistas ni escritores. Un famoso ingenio murciano de entonces rechazó indignado la injusta invectiva del detractor de Murcia. Pero la tarea gloriosa y fecundísima de demostrar al mundo, con centenares de ejemplos, que esta región ha sido siempre madre de grandes ingenios, quedó reservada al señor Baquero, que llenó un grueso volumen sólo con la reseña de los artistas que nacieron en esta fértil tierra, y ha dejado inédita esa otra obra dedicada a biografiar a sus escritores.

Es de justicia recordar en este punto que otro insigne erudito de Murcia, ya muerto también, don José Pío Tejera y R. de Moncada, escribió una obra análoga a la de Baquero, la cual tituló *Biblioteca del Murciano o Ensayo de un Diccionario biográfico y bibliográfico de la Literatura en Murcia*. Consta de catorce volúmenes en 4.º Fue premiado este riquísimo repertorio por la Biblioteca Nacional en el concurso anual de 1899. Aún continúa allí manuscrita; pero gracias a gestiones realizadas por don Isidoro de la Cierva, se publicará en plazo breve, según promesa hecha por el Director de aquel establecimiento.

Ambas obras, escritas a impulsos del ferviente amor a la patria común y de la noble emulación de uno y otro erudito, no se anulan seguramente, sino que se complementarán en cierto modo.

Ello es una razón más, por el contrario, para que el libro inédito de Baquero se publique pronto, pues ya que no ostente ninguna garantía, aprobación ni distinción oficiales—que no le hacen falta—, debe aparecer, por lo menos, con la novedad con que lo fué formando su autor; que en estas tareas eruditas, más que en otras, la priori-

dad y la originalidad en la investigación y publicación de las noticias constituyen uno de los méritos más relevantes.

JUSTO GARCÍA SORIANO.

## Notas regionales

La cuenca del Segura forma, por decirlo así, el núcleo o médula de la región murciana. La constituyen: esa cuenca propiamente dicha, con sus treinta y cinco afluentes directos y la del río Mundo que, con sus diez y ocho riachuelos, entra en el Segura por el término de Calasparra; tiene éste unos trescientos kilómetros de curso tortuoso entre sierras pintorescas y amenos valles. Ciudades populosas, pueblos ricos, risueñas aldeas y numerosos caseríos se hallan emplazados en sus riberas y en cada valle, aparecen sembradas entre la verdura de naranjos y palmerales multitud de viviendas rústicas y quintas de recreo.

Para la historia de una región, para el estudio de las civilizaciones, suelen tomarse, como base geográfica, las cuencas de los ríos. Estos son los lugares de asiento que eligen los pueblos, cuando pasan del estado nómada al sedentario; sirven de medios de comunicación, representan la riqueza agrícola y establecen la convivencia entre los ribereños. Los ríos unen, las montañas separan.

Esta teoría que viene a ser la llamada *de fronteras naturales* por los estadistas, es cuando menos un hecho innegable entre nosotros. Así ocurre en la región murciana, pese a las artificiales divisiones administrativas, que pocas veces han acertado a encarnar en los límites propios de la zona geográfica ocupada por cada pueblo.

Nuestra región tiene su historia escrita en las riberas de sus ríos; por ellas pasaron las antiguas civilizaciones; en ellas se detuvie-

ron los árabes y ellas formaron el reino de Murcia hasta épocas relativamente modernas. Fueron las Cortes de 1822 las que iniciaron la reforma, y por el Decreto de 1833 se rompió la tradición, formándose las cuarenta y nueve provincias españolas, en lugar de los antiguos reinos.

Yo no discuto ahora el pró y el contra de semejante innovación. Lo que sí afirmo es que no guarda relación con otras divisiones del territorio, íntimamente relacionadas con la Administración Pública.

Siendo nuestra ciudad, como no cabe negarlo, la capitalidad más importante de la región, bajo todos sus aspectos, vióse mermada en sus prestigios y reducida en jurisdicción, por obra y gracia de los imitadores poco afortunados de la división departamental francesa. De aquí se han seguido muchos inconvenientes; y, a pesar de la ley, las líneas que marcan nuestros límites geográficos, solo tienen vigencia en el mapa y en los encasillados administrativos. Ni el carácter, ni las condiciones de vida práctica han variado. Nuestra personalidad regional subsiste, a pesar de todo, porque las leyes naturales y las históricas que presiden el desenvolvimiento de las razas, tienen más vigor que aquellas cuya fuerza emana tan sólo de su publicación en la «Gaceta».

Al nombre de Murcia se evoca la hermosa visión de sus frondosos huertos, de sus flores, de su vega exuberante. No son estas cosas exclusivas de nuestro término municipal; todo ese paisaje, variado en sus aspectos y enriquecido con detalles accidentales, es el mismo en Orihuela y sigue siéndolo en las huertas feracísimas de Molina, Archena y demás pueblos de la ribera superior del Segura. Lo mismo ocurre con la raza, con las costumbres, con el lenguaje; y otro tanto podríamos decir, si se analizaran otras relaciones que, en conjunto, forman la base de unidad que distingue a cualquier región española.

Ya la administración pública lo venía reconociendo así y a ese criterio, entiendo yo, que obedecía y obedece la creación de ciertos organismos especiales, que desempeñan funciones también especiales y encarnan en el concepto regional. Como ejemplo podría citar las Comisiones de repoblación de Mon-

tes, las Estaciones Sericícolas, las Divisiones Hidráulicas.

Por lo que a la región murciana se refiere, se no reconocieron ya esos tres centros y, hace poco, también se ha conseguido, aunque a duras penas y con regateo injusto, el Centro de superior cultura a que tenía indiscutible derecho una de las capitales que más hijos ilustres dió a la madre patria. De esto saco yo la consecuencia, de que no hemos de esperar todo del Estado, ni siquiera la satisfacción gratuita de un anhelo regional. Nada cuesta al Tesoro público nuestra Universidad y véase el trabajo que costó alcanzarla. Nada le ha de costar la creación del Sindicato Central de Riegos del Segura, cuya aspiración además de regional es legal y al amparo de la ley se pidió, y véase cómo ésta aspiración nos cuesta ya dos años de expedienteo interminable y aún le falta la sanción ministerial.

¿Por qué sucede todo esto?... Yo creo que aquí todos sentimos el regionalismo, pero no sabemos afirmarlo donde y cuando conviene.

Una región como ésta, que vive de la Agricultura, cuya principal riqueza son sus aguas, por que ese es nuestro patrimonio natural, tiene derecho a administrarse formando un organismo autónomo que, entendiéndose directamente con el poder central, no tropiece con la artificiosa frontera de provincia, que en este caso solo sirve para crear estorbos, establecer disparidad de criterios, y al amparo de ellos, consolidar el desbarajuste y la anarquía que viene imperando en la materia.

Ya sé yo que la inevitable suspicacia de algunos (también esto es regional) supuso que el Sindicato se hacía por Murcia y para Murcia en el sentido pequeña de la palabra. Ello trajo como mal subsiguiente, la oposición de unos pocos, la resistencia pasiva de otros pocos, más la frialdad de los que dudaron y por no molestarse en estudiar el problema, prefirieron servirse del criterio ajeno, para que se lo diesen resuelto. Este procedimiento es singularmente murciano.

Pués bien, a pesar de todo, el proyecto vive y crece como crecen aquí los árboles: con escaso cultivo, pero espléndidos y exuberantes, porque la naturaleza lo hace todo.

Si en vez de la apatía y la oposición poco meditada, el asunto hubiera recibido el impulso de todos, afirmando ese regionalismo sentido, que pocas veces se expresa con el brío necesario, el Sindicato sería ya otra realidad y habría tenido ocasión de demostrar su actuación benéfica para todos, defendiendo intereses comunes, hoy gravemente comprometidos por la guerra; habría fomentado los alumbramientos de aguas, la construcción de pantanos y, finalmente, dando fuertes aldabonazos a las puertas de algún Ministerio, se habrían oído en ciertas alturas las voces de los inundados, que claman desde hace treinta y ocho años, demandando la ejecución y terminación completa de cuantas obras sean precisas para garantizar sus vidas y haciendas.

Yo espero que esto sucederá algún día (quizá está muy próximo), porque esta entidad surge, en mi sentir, como necesaria renovación de algo histórico, que cristaliza en formas modernas. Por eso mismo, espero también que una vez implantada, se com-penetre con la conciencia regional del país y sirva para afirmar su personalidad, como en cierta ocasión dijo el ilustre Baquero, gloria de esta tierra y regionalista de corazón sano, que jamás juzgó incompatible su amor hacia la Torre, con el que sintiera hacia la madre patria.

RENI-COMAY.

## Un artículo de "El Mundo,"



*A continuación reproducimos un interesante y bien escrito artículo, que ha publicado recientemente el importante diario madrileño "El Mundo,". En él se alude en términos cariñosos y encomiásticos a nuestra Revista, por lo que nos cumple testimoniar al autorizado pe-*

*riódico la expresión de nuestro sincero reconocimiento:*

## Palabras de un mundano

REGIONALISMO LITERARIO

El ejemplo de Cataluña, el buen ejemplo, puesto que aquí sólo se quiere hablar del bueno, apartando a un lado el malo que trajeron las exageraciones de aquel «Catecismo catalá» de Prat de la Riba, ha cundido a regiones españolas donde el regionalismo era cosa poco menos que desconocida hace no más de una docena de años. Este regionalismo, que renace al cabo de siglos, de unas cenizas insospechadas, reviste en las regiones a que queremos referirnos, la primera y más inocente de sus manifestaciones: la literaria: Es probable que nunca pase de ahí. En esta forma, el regionalismo no puede ser más simpático. Cataluña, por su enorme importancia vital presente y su antigua y opulenta historia literaria. Galicia, por haber sido la cuna de nuestro romance nacional; Valencia, por idénticas razones que Cataluña; Mallorca, por sus tradiciones y su espléndido aislamiento, habían podido sostener a través de las difíciles y absorbentes épocas del imperialismo, sus literaturas propias. Las demás regiones hubieron de fundirse en el molde general, sin exceptuar Vizcaya, cuyos tanteos han comenzado más tarde, al calor de las ideas modernas.

Ahora estas regiones empiezan a dar señales de vida. Vizcaya funda periódicos en vascuence, y una excelente revista literaria que se titula «Hermes», donde comienza a ilorecer el espíritu de la vieja Vasconia. Andalucía ofrece el fruto esplendoroso de una literatura propia en la lujosa revista «Bética». Murcia ensaya brillantemente un movimiento semejante en otra revista admirable, OROSPEDA, de la cual tenemos un número a la vista; un número exquisito, lleno de originales llenos de interés, donde palpita el amor patrio en detenidos estudios de la hermosa región levantina.

Será una pena para los espíritus recelosos; pero el regionalismo reverdece lozano y triunfante del mismo tronco de la unidad nacional, y todo este florecimiento lo debemos tal vez a Cataluña, que con exageraciones tituladas de nefandas, nos ha traído la buena nueva.

Murcia, Andalucía, Vizcaya, Galicia; mañana serán también Aragón, Castilla, Extremadura, Asturias. La variedad dentro de la unidad española. La lengua del Cid enriquecida con los vocablos regionales, tan justos, tan propios, tan pinterescos, tan fuertes de color y de matiz.

Alegrémonos y demos las gracias a los catalanes, porque pensando hacernos un mal nos hicieron un gran bien. No les guardemos rencor, y de sus exaltaciones anti-españolas tomemos sólo la idea fecunda de robustecer la región, porque también así se robustece España.—M. Y.

## GLOSARIO DEL TIEMPO.

# DIVAGACIONES DE ACTUALIDAD

### LA GUERRA Y LA LITERATURA.

Se tiene por una verdad inconcusa que las Ciencias y las Artes no pueden prosperar en un ambiente bélico. Para expresar esta idea los helenos consagraron a Pallas o Minerva, diosa de la sabiduría, el olivo, árbol simbólico de la Paz. Pero, del mismo estremecimiento y pasión que pone Marte en los espíritus, ¿no han brotado grandes manifestaciones artísticas y científicas, acaso por efecto de la natural reacción que en contra suya provoca el dios de las batallas? Indudablemente. Por algo también los antiguos se cuidaban de tocar con guerrero casco a la diosa del saber y supusieron que nació, pertrechada de todas armas, de la cabeza de Júpiter.

La Literatura de todos los tiempos debe, por lo menos, a la Guerra el asunto de gran número de sus producciones, tal vez las

principales. Géneros literarios enteros, como la Epopeya, están consagrados a los hechos guerreros casi exclusivamente. ¿Qué de extrañar, pues, que al calor de la consabida *conflagración internacional* que estamos padeciendo ya medio lustro, se desarrolle una producción literaria exorbitante?

El vendaval de libros quede, en, con, por, sin, sobre, tras la guerra europea está desencadenándose sobre Europa, a la vez que la metralla de los beligerantes, ha acumulado ya un número casi fabuloso de volúmenes en las librerías. Cuando amaine el nublado, y aun antes, habrá de dedicarse en las grandes bibliotecas algunas salas para depositar sólo esta avalancha bélico-libresca. ¡Compadezcamos a los futuros historiadores de este mortal *saut arriére* de la Civilización, y aún más a los venideros bibliógrafos!

Pero la obra-síntesis de esta Guerra, la que dé la precisa visión de conjunto y exprese, íntegra y fielmente, el ideal por que en ella se combate, esa, a buen seguro, no ha sido escrita todavía. Y cuando se escriba ¿en qué forma cristalizará o cuál género literario, de los arcaicos o de los novísimos, adoptará para su expresión? ¿Será un simple relato histórico, una novela, una rapsodia lírica, una ópera wagneriana, un tratado de metafísica, de sociología o de ética, un curso de aviación y navegación submarina, un prontuario de mecánica y de química industrial o, finalmente, lo que más natural parece, un grandilocuente poema heroico?

Suponiendo que el poema heroico no es ya un género fósil, incompatible con el alma moderna, y que este poema fuese escrito; en este caso, será la epopeya contemporánea. Mas ¿tiene, por ventura, esta terrible lucha la prestancia y los caracteres esenciales de la *materia épica*? Por la magnitud de la contienda y por los medios de destrucción y muerte en ella empleados, sin duda alguna. Jamás se llegó en ninguna guerra de la antigüedad a tamañas proporciones. Ninguna de las legendarias hazañas pueden compararse con las maravillosas luchas aéreas de esas navecillas guerreras que escalan las nubes ni con la temeridad de esos nautas que, despreciando la vida y desafiando la muerte, siembran con sus sumergibles el pánico por todos los mares. El famoso caballo de Troya

y las andanzas de Ulises son, comparados con estas proezas, inocentes juegos de niños.

Mas si tenemos en cuenta la *idealidad* de esta guerra, o mejor aún su no idealidad y prosaismo, nos atrevemos a sostener que de ningún modo es su asunto el conveniente a un gran poema épico, que merezca estrictamente tal nombre.

En buena estética literaria, los hechos bélicos dignos de la Epopeya han de responder a un ideal generoso y elevado de todo un pueblo. ¿Lo hay en la actual contienda? Uno y otro bando dice, con respecto a él, que sí. Mientras unos beligerantes se proclaman defensores de la libertad y del derecho de los pueblos —*de la liberté et du droit des peuples*—, otros, invocando a Dios, se titulan campeones sagrados de la *Kultur*. ¡Libertad, derecho, cultura! Si para Leopardi la virtud era sólo un nombre; para nosotros, escarmentados y excépticos, que estamos ya en el secreto de estas lindas palabras, ellas no son más que pompas de jabón, muy brillantes e irisadas, pero vacías, o a lo sumo, un eco armonioso que apagan al punto el tableteo de las ametralladoras y el retumbo trágico de los morteros del 42. Agazapados detrás de tan bellos vocablos, descubrimos fácilmente el ciego egoísmo y la loca ambición de los poderosos y el vil mercantilismo de los Estados.

Los pueblos antiguos, más niños o más románticos, entablaron siempre sus luchas épicas por nobles y abnegados ideales. Los griegos pelearon contra los troyanos por vengar el honor ultrajado de una mujer y de su esposo; los cruzados por libertar de infieles el sepulcro de Cristo; nuestros adalides de la Reconquista, por integrar el hogar patrio usurpado por un invasor. Del asunto de estas tres guerras memorables se formaron las

tres mayores epopeyas de la literatura universal: la *Iliada*, la *Jerusalem libertada* y el *Romancero*.

No obstante, concedamos que la actual guerra europea pueda ser objeto de un gran poema heroico. ¿Cuándo podrá ser escrito? De ningún modo en nuestros días. La visión focal y de conjunto de estos excepcionales y gigantescos acontecimientos requiere una considerable perspectiva, la distancia serena de los siglos. Los contemporáneos, cegados por el enardecimiento de las pasiones, por el humo de la pólvora y de los gases asfixiantes, sólo podemos percibir aspectos muy parciales y confusos. Así ha ocurrido siempre. Homero escribió (?) la *Iliada* dos siglos después de ser destruida Troya. Virgilio entonó aquello de

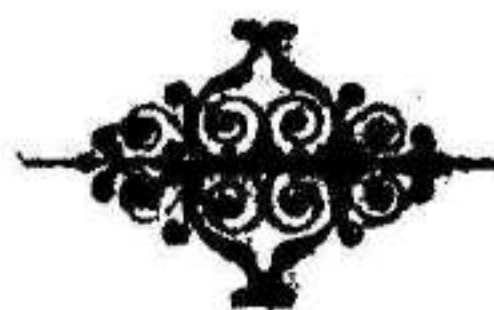
*Arma virumque cano...*

mil doscientos años después de la arribada del piadoso Eneas al Lacio. El Tasso redactó su poema inmortal trececientos años después de las Cruzadas. El *Romancero* se formó cuando la Reconquista y la unidad de la Patria se habían ya consumado.

A vista de tan seguros antecedentes, podemos calcular, con escaso error y cómputo aproximado, que el autor de esta hipotética epopeya sobre la actual guerra europea nacerá, lo más pronto, hacia el año 2100. Es decir, que a estas horas aún no ha venido al mundo su bisabuelo.

Actuemos, por lo tanto, de adivinos y saludemos en profecía, con un «¡Ave, creador!», —que diría cierto poliglota—, al futuro Homero de la presente conflagración continental.

JUAN ORIOL.





# ESCENAS MURCIANAS

## UN DUELO EN LA HUERTA

Una noche, al salir de la taberna, cogió el tío Perete un «mal aire». Se quedó al día siguiente en la cama y a los ocho, después de una consunción lenta, estaba de cuerpo presente.

Era un patriarca. Su larga prole y el ejército de sus nietos los tenía colocados, unos en las fincas propias, que había ido adquiriendo con el producto de sus enredos y trapacerías, otros en las tahullas que, en número crecido, tenía arrendadas.

Gozaba el tío Perete en el partido de grandes prestigios. Su largo conocimiento de la vida y de los hombres y su innata suspicacia le habían otorgado una serie infinita y complicada de artes ingeniosas para el enredo y el fraude. Poseía, como nadie, el secreto de envolver al contrario en una red sutil de palabras y de pequeñas atenciones hasta hacerlo completamente suyo.

Se aseguraba, además, que era brujo. En cierta época mala de su vida, próximo a la miseria, ejerció la curandería, diciéndose en posesión de una fórmula, cuyo secreto retenía con su vida, para sanar de toda suerte de maleficios.

Conservó el prestigio de estas artes misteriosas; y la creencia en su hechicería le simplificaba los negocios y le favorecía en sus tratos.

La explotaba admirablemente. Al ir a adquirir animales, al comprar huertos de fruta, al resolver deudas, al contratar trabajadores, el tío Perete se presentaba en casa del interesado, saludaba cordialmente, con fraternal camaradería, y posaba sus ojillos diminutos, «que punchaban», al decir de sus amigos, en cualquier objeto. Si un árbol frondoso prestaba su sombra a la puerta de la vivienda, lo miraba y si presenciaba los tratos la mujer de las casa con algún niño en los brazos, dirigía a él la vista con continuada atención. El casero y su mujer abreviaban el asunto, el tío Perete insistía y, y para ale-

jarlo, acababan por hacer las cosas a su gusto.

Con el éxito creciente de sus tráficos, con su poder político en la ciudad, pronto llegó a ser el arbitro del partido. Encontrándose con los hijos crecidos, los casó ventajosamente, explotando su influencia, les dividió las tierras, y se retiró a la paz y al reposo de la casa familiar. Como su temperamento no era amoldable fácilmente a esta inacción desacostumbrada, y la continua estancia en la taberna le molestaba por el gasto, aprovechando su valer como hombre público, pasó los últimos días de su vida dedicado a resolver enredos judiciales a sus amigos y a envolver, reiteradamente, en ellos a los afiliados al partido contrario.

Y una noche se sintió malo y fué la enfermedad progresando. Durante ella las nuerras lo cuidaban con celo extraordinario «bien lo merecían los cuartos que iba a dejar», le llenaban de «reparos», con vino y bizcochos, las partes más importantes del cuerpo, le administraban toda suerte de unturas, cataplasmas e infusiones vegetales e hicieron desfilar por la casa a los más prestigiosos curanderos del partido, que llenaron al viejo de amuletos de varias clases.

Al octavo día les dijo el paciente que se moría; llamaron al cura y al médico porque no quedara nada por hacer y le dieron una jícara de chocolate del más caro. Mientras la sorbía, un amigo le hablaba del último de sus enredos judiciales. Terminado de ingerir el chocolate y a la mitad de sus consejos al amigo para que perjudicara al contrario, el tío Perete expiró. Había muerto en sus glorias.

\*

La noticia de su muerte al correr por el partido consternó a todos. ¡Pobre tío Perete! ¡quién les iba ahora a arreglar sus asuntos, con la influencia que él tenía en Murcia y lo bien que lo resolvía todo! «Sus hazañas judiciales corrían de boca en boca y el dolor popular le prestaba la aureola de un superhombre. Por Dios que eran sus gestas gloriosas. ¡Vaya un hombre hábil!» Cuando el muchacho del Perete le dió al hijo de Blas el de la Torre una puñalada en el corazón discutiendo una jugada de bolos, su padre, al saberlo, en la sombra de la noche, se fué

junto al cadáver colocado en uno de los extremos del campo de juego y, mientras un amigo que lo acompañaba invitaba a las personas que se encontraban allí, esperando la llegada del Juzgado, el tío Perete aprovechó la soledad y puso en la mano derecha del muerto un cuchillo, que luego sirvió para justificar que su hijo había muerto en defensa propia. Era mucho hombre. Era un tío muy listo.»

La noche del velatorio la entrada de la amplia casa del muerto estaba atestada de gente de toda condición. Predominaban las mujeres cubriendo sus cabezas con negros pañuelos, que avanzaban en forma de enormes picos sobre sus rostros. Plañían con fuerza, lanzando enormes gritos apasionados y rezando en voz alta por el muerto. Los hombres, en su mayoría, aprovechando la esplendidez de la noche, estaban sentados a la puerta y fumaban silenciosos. De vez en cuando llegaba a sus manos una enorme bota de vino, que apuraban con fruición. En la calma de la noche los rezos y lamentos de dolor de las mujeres, de un dolor meridional, elocuente y apasionado, ponían una nota trágica.

Al amanecer, el cadáver del Tío Perete, colocado en el alto *tablado*, lleno de colchones, su antiguo lecho conyugal, fué trasladado a la lujosa «caja de muerto» traída de la ciudad. Hubo que arrimar unas sillas para alcanzar al lecho y varios de sus amigos lo transportaron al féretro. Los rugidos de dolor de la familia se hicieron más intensos y las mujeres enlutadas y pálidas, desordenados los nervios por la mala noche, gesticulaban trágicas, profiriendo brutales elogios del muerto.

A la tarde fué el entierro, un gran entierro, como cumplía a persona de la posición y prestigios del difunto, en el que no faltó una lucida representación de señorones de la ciudad.

Durante todo el día un enjambre de chiquillos, sucios y despeinados, desfiló por de-

lante del cadáver, tirándole respetuosamente de las manos para convencerse de que estaba muerto. Una vez satisfecha su curiosidad, corrían temerosos diciéndose unos a otros con misterio: «era brujo».

Unas viejas sarmentosas y desoladas llamaron a las nueras del muerto para advertirles que el tío Perete permanecía con los ojos abiertos y que, de no cerrárselos pronto, su alma iría al infierno. Una de las nueras inquirió desolada si estaría allí ya y sería todo inútil; a lo que repuso una de las viejas que era aún pronto, pero que no dejaran de cerrárselos.

Al sacar el cadáver para el entierro, estalló de nuevo imponente el dolor de las hembras y se desbordaron los elogios y entre rugidos de pasión, bajo un sol rabioso, el cuerpo del tío Perete fué conducido a la Iglesia.

Al regreso del cementerio, varios viejos camaradas y amigos del muerto, secas las fauces por el calor de la tarde y abrumados bajo el peso de las capas, entraron a refrescar a una taberna que indicaba una rama de sarmiento seco en la puerta de una casa del camino.

Mientras esperaban que les sirvieran el refresco, sentados en amplias sillas de asientos de sogas, alrededor de una mesa, comentaron con entusiasmo las virtudes del amigo que acababan de perder.

Una mujer, extenuada por la miseria y por la maternidad, les sirvió grandes vasos de vino. El que parecía más caracterizado por su vejez, por su indumentaria y por las huellas en su rostro del alcoholismo, haciéndose atrás la capa, tomó el vaso colmado de la mesa, lo desvió a un lado, lo inclinó levemente hacia el suelo y vertiendo unas gotas de vino, dijo con voz solemne: «Esta lagrímica para el difunto». Todos hicieron lo mismo, bebiendo, respetuosos, «a la salud del muerto».

MARIANO RUIZ-FUNES.

## ACEPCIONES LÉXICAS

## MUCHO OJO

Permitaseme el antojo  
de, en verso, séguir la pista  
al órgano de la vista  
que lleva el nombre de *ojo*.

Y para hacerlo mejor  
y todo yerro evitar  
al ir del *ojo* a tratar  
lo haré con *ojo avizor*.

Que *abrir el ojo* es de ene  
para evadirnos sonrojos  
ya que hacer a *cierra ojos*  
las cosas, nunca conviene,

El *ojo*, como repara  
y conoce el mundo entero,  
dicho a *ojo de buen cubero*  
vale un *ojo de la cara*.

Se llaman *ojos rasgados*  
los de grandes dimensiones;  
se nombran *ojos saltones*  
aquellos muy abultados.

*Ojo se hace* con cargar  
la balanza más a un lado  
y a *ojo* se vende el pescado  
si se expende sin pesar.

Dícese «*cercanamente*»  
sólo con decir *al ojo*,  
y diciendo de *rejo*  
es «*al soslayo*» igualmente.

Cuando que algo pronto hicimos  
nos interesa probar,  
en un *abrir y cerrar*  
*de ojos*, hízose, decimos.

La mujer de labios *rojos*,  
faz bella y talle hechicero  
debe tener algún pero  
si se *mete por los ojos*.

Es mirar pasionalmente  
con *buenos ojos mirar*,  
y es a *ojos vistas* estar  
si se está visiblemente.

*Cerrar los ojos* indica  
miles de veces dormir,  
y es otras tantas morir,  
según y como se aplica.

Si *lo del ojo no es nada*,  
en el diálogo exclamamos,  
es porque algo ponderamos  
de manera inusitada.

Por los encantos no *flojos*  
que Evas lucen con afán,  
a más de un dichoso Adán  
suelen *írsele los ojos*.

Y si el que hace lo mejor  
—tal como suena el vocablo—  
le *quiebra el ojo al diablo*,  
yo me lanzo a *quebrador*.

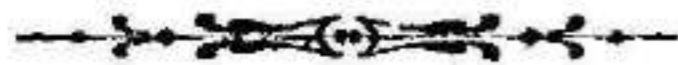
Callando me evito enojos  
que no son una bicoca,  
y con poner punto en boca  
no se me *tendrá entre ojos*.

JULIO HERNANDEZ.

Cartagena.

## REBUSCOS

## El patrón de la diócesis



El día 16 del presente mes celebra la Iglesia la festividad de San Fulgencio, patrón de esta diócesis desde el año 1594. Por revestir interés de actualidad, vamos a referir brevemente los motivos y circunstancias que determinaron la creación de este patronazgo.

El citado año ocupaba la silla episcopal de Cartagena el insigne prelado don Sancho Dávila y Toledo, varón muy docto y piadoso, aunque padeció la ofuscación de ser uno de los primeros en acoger las supercherías de los falsos cronicones, fraguados en mal hora por el padre jesuíta Román de la Higuera. Muy dado a las investigaciones históricas, creyó averiguar don Sancho que entre sus antecesores figuraba San Fulgencio, uno de los cuatro Santos cartagenos. Supo además que el cuerpo de éste y el de su hermana Santa Florentina, según una tradición piadosa, estaban depositados, desde el siglo VIII, en la villa de Berzocana, provincia de Cáceres. Cómo fueron a parar allí los sagrados restos de ambos hermanos, refiérela la tradición del siguiente modo:

San Fulgencio murió en Ecija y poco después fué trasladado su cadáver a la iglesia de Santas Justa y Rufina, de Sevilla, donde fué colocado en el magnífico sepulcro que allí tenían sus santos hermanos Leandro, Isidoro y Florentina. Al ocurrir la invasión árabe en el año 711, los canónigos y eclesiásticos de Sevilla, temiendo que los moros profanaran las imágenes y reliquias sagradas, huyeron con ellas a refugiarse en las montañas de Extremadura. Entre los diversos objetos que les fué posible trasportar, iban la imagen escultórica de la Virgen, que el Papa San Gregorio había regalado a San Leandro (después denominada Nuestra Señora de Guadalupe) y los restos corporales de San Fulgencio y Santa Florentina. «No

es fácil el acertar—escribe el P. Scler (1)— con el por qué se dexaron expuestos a los ultrages de los Mahometanos a sus dos Santísimos Prelados Leandro e Isidoro, quando anduvieron tan diligentes en libertar de ellos a los Cuerpos de San Fulgencio y Santa Florentina, no hallándose tan obligados a éstos, por no haber sido sus Obispos y Pastores.» Igual duda expuso el P. Flórez (2).

Sea de ello lo que quiera, pues sabido se tiene que las tradiciones no reparan en pelillos semejantes, esta que nos ocupa sigue refiriendo que los canónigos de Sevilla llegaron en su huida hasta un oculto valle de la sierra de Guadalupe, y, no estando seguros del sagrado tesoro que transportaban, decidieron enterrarlo, en unión de la escritura en que constaba así y de una campanita de metal, en un paraje próximo al pueblo de Berzocana. Más de seis siglos estuvo allí escondido, hasta que un 26 de Octubre, sin que se sepa de qué año, aunque se asegura que fué en tiempo de Alfonso XI, un vaquero llamado Gil, vecino de Cáceres, descubrió milagrosamente la imagen de la Virgen y las santas reliquias. Gil dió parte del hallazgo inmediatamente a los clérigos de aquel pueblo, los cuales construyeron en el mismo sitio una modesta capilla, donde veneraron y conservaron el sagrado depósito. A la imagen se dió la advocación de Nuestra Señora de Guadalupe, por el nombre del río que nace allí cerca. Alfonso XI en un principio y más tarde Juan I fueron transformando la humilde ermita en suntuoso monasterio.

¿Cuándo fueron trasladados los cuerpos de San Fulgencio y Santa Florentina desde el monasterio de Guadalupe a la villa de Berzocana? Madoz, con evidente error, dice que esto se verificó en el año 1610. El P. Rodrigo de Yepes, en su *Vida de Santa Florentina* (1584), cuenta que, pasando por el lugar de Berzocana, dijo misa en la pobre capilla donde se veneraban las reliquias de aquellos santos y que la tradición que allí se conser-

(1) *Cartagena de España ilustrada*, etc., Murcia, 1777-78.—Dos vols. en 8.º

(2) *España Sagrada*, t. II, trat 32, números 85 y 86.

vaba era "que los canónigos de Sevilla pusieron en él los dos santos cuerpos.,,

Todas estas noticias llegaron a conocimiento del obispo Dávila, quien, celoso de la gloria de su diócesis, pensó que la honra de conservar aquellas reliquias a ninguna otra iglesia correspondía con tanto derecho como a la Catedral de Murcia. Entonces el Obispo y el Ayuntamiento de esta ciudad, puestos de acuerdo, pidieron a Felipe II accediera a sus justas pretensiones, alegando que San Fulgencio había sido obispo de la diócesis de Cartagena a fines del siglo VI. Consintió el Monarca en ello; pero tanto la villa de Berzocana como el prelado de Cáceres se opusieron rotundamente. Fué preciso un segundo y más enérgico mandato real para vencer la resistencia de los extremeños, quienes sólo toleraron que sacasen de allí los cuatro huesos mayores de los santos. Don Juan de Robles Corbalán, que presencié todo el lance en la villa de Berzocana, refiere el suceso de este modo: "Los del lugar, entendiendo que les querían llevar los cuerpos, o a lo menos sus cabezas, vinieron armados a la Iglesia, determinados a perder primero las vidas y arriesgar por ello hijos, mujeres y haciendas, que consentir tal cosa. El obispo les aseguró que ni llevarían los cuerpos ni las cabezas, con que se asegararon. Colocáronse las sagradas reliquias, que venían para Murcia, en un cofre de terciopelo carmesí con chapas de plata, que dió la ciudad de Truxillo, y entregaron al Prior de Guadalupe para que las diese al Rey N. Señor.,,

Felipe II se reservó para sí dos huesos, uno de San Fulgencio y otro de Santa Florentina, y los otros dos los envió a Murcia por conducto de Fr. Diego de Arce, guardián del Convento de San Francisco, que había sustituido en el encargo a su hermano don Pedro de Arce, canónigo magistral, por hallarse éste enfermo. Fr. Diego entregó las reliquias a su hermano, en Madrid, junto con dos cartas del Monarca, una para el Obispo Dávila y otra para el Concejo municipal.

El Doctor Arce se detuvo con su maravilloso equipaje en la villa de Espinardo más de dos meses, para dar tiempo a que la ciudad de Murcia, preparase los magníficos fes-

tejos con que había de solemnizar la entrada de las reliquias. Ésta se efectuó, por fin, el día 2 de Enero de 1594, celebrándose una gran procesión, "hechos en diversas partes arcos triunfales, levantados riquísimos altares, interpoladas muchas máscaras y bailes, habiendo en algunos puestos devotas y graciosas representaciones, y en otros el santo Obispo hacía demostración de las reliquias, sacándalas a la vista de todos para que las adorasen, y desde este día por toda la octava se hicieron fiestas de toros y juegos de cañas, y otras alegrías y justas poéticas en verso latino y castellano, con muchos y preciosos premios para las poesías, enigmas y geoglíficos, laberintos y otras cosas de ingenio, y cada día, nuevos y famosos sermones de los más excelentes predicadores.,,

Las reliquias se depositaron en la Catedral, al lado del altar mayor, en un tabernáculo con su capilla labrada y dorada, que se hizo después, frente a otro semejante que contiene las entrañas de Alfonso X el Sabio, Y en la peana de este tabernáculo, donde se depositaron los dos brazos, uno de San Fulgencio y otro de Santa Florentina, se puso en campo de oro, un epigrama latino, que compuso el Licenciado Cascales por orden del Cabildo, en tiempo del obispo Ceniceros (1606-1616). El epigrama empieza así:

*"Ex Berzocana iussu debata Philippi...."*

"Desde hoy fué recibido por patrón de esta ciudad y Obispado—dice Cascales en sus *Discursos Históricos*,—el bienaventurado obispo San Fulgencio, cuya fiesta se celebra a diez y seis días del mes de Enero, y en honor suyo y con su nombre, el obispo don Sancho levantó en esta ciudad un Templo y Seminario de colegiales, que sirven en los Oficios divinos en esta santa Iglesia, con muchas ceremonias y reverencias, que aventaja en esto á muchas iglesias catedrales de España.,,

Ahora bien; ¿San Fulgencio fué obispo de esta diócesis? La crítica histórica lo niega.

El autorizado historiador Ambrosio de Morales fué uno de los primeros en negarlo: "Algunos hacen también á San Fulgencio Obispo de Cartagena—dice—después de haberlo sido de Écija. Esto es por confundirlo con el nombre de otro San Fulgencio, que hubo en Africa y fué Obispo de Carthago y

el nombre de Carthagená es el mismo en latín,, (*Crón. gen. de Esp.*, lib. XII, cap. 5). Rechazaron también que San Fulgencio hubiese sido Obispo de esta diócesis, Alfonso de Villegas, Basilio de Santoro y Sandoval, en las *Vidas* que escribieron del Santo. De este mismo parecer fué Nicolás Antonio en su *Bibliotheca Vetus*, lib. V., cap. I, núm. 9. El cardenal Belluga sostuvo, en contra, que San Fulgencio ocupó la sede cartaginense, apoyando su aserto en los falsos cronicones y en la autoridad de algunos escritores posteriores al siglo XV. Pero el P. Flórez, en su obra citada, refuta las pruebas alegadas por aquel cardenal y concluye negando, no sólo que el Santo ocupase la sede de Cartagena, sino que fuese Obispo.

Nosotros, profanos en tan abstrusas disquisiciones, nos quedamos sin saber a qué atenernos. ¿Habrá algún alma misericordiosa que nos saque de esta terrible duda?

Los eruditos tienen la palabra o... la pluma, si les place.

TODMIR.

## INFORMACION

### UN LIBRO DE TORNEL

Próximamente se pondrá a la venta un tomo con los Romances populares del ilustre poeta y algunas de las Crónicas murcianas, en que comentaba en su *Diario* asuntos de actualidad y temas generales.

La primera edición de los Romances se publicó en 1880. Contenía todos los que se incluyen en ésta y además «El huertano entre los escribas», que por su falta de actualidad, debida a una honda transformación de nuestro medio rural, ha sido suprimido. Se incluye en cambio, «José Martínez» de un gran sabor local, de una deliciosa gracia narrativa y de muy exquisita ternura. Los antiguos favorecedores de «El Diario», recordarán que este cuento en verso, de costumbres locales, fué leído por su autor en el

Círculo Católico y publicado después en un folleto, formando parte de la «Biblioteca de escritores murcianos», del citado periódico, de muy varia valuación literaria.

Además, algunos de los trabajos de este volumen «El busano de la sea» entre ellos con otras poesías en lenguaje huertano, que no forman parte de él, premiados todos con flores naturales en los Juegos Florales, que de manera tan solemne celebraba nuestro Casino hace muchos años, vieron la luz en un tomo.

Habiendo transcurrido mucho tiempo de la aparición de estos libros y agotados todos ellos, la reedición de los Romances resulta una novedad para casi todos los murcianos actuales.

Los sobrinos del poeta, señores Zamora, han editado el libro, como un delicado homenaje a la memoria del maestro. Piensan dedicar el importe de su venta a una obra benéfica, para honrar su recuerdo y continuar la noble labor de caridad a que tanta atención prestó en vida el inolvidable murciano.

Tienen además el loable proyecto de publicar una «Historia de Murcia», que ha dejado inédita, habiendo encargado de esta publicación a nuestro ilustre compañero de redacción don Joaquín Báguena.

La edición de los Romances ha sido dirigida, en parte, por nuestro también ilustre compañero don José Frutos Baeza. Llevan un prólogo y un epílogo de nuestros redactores Mariano Ruiz-funes y Enrique Martí, que publicaremos en próximos números, en unión de una reseña bibliográfica de obra tan importante en la literatura murciana.

### COLABORACION DE «OROSPEDA»

El ilustre periodista, director del importante diario madrileño «El Mundo», don Augusto Vivero, honrará próximamente las columnas de nuestra Revista, con una serie de artículos, bajo el título general de *Nuevas cartas marruecas*.

Conocidos de todos el limpio y castizo estilo, el sutil espíritu y la amplia cultura de nuestro insigne colaborador, y lo interesante y nuevo del tema, esperamos, fundadamente, que la publicación de dichos artículos sea acogida con viva simpatía por nuestros lectores.

## POETA PREMIADO

Nuestro querido colaborador, el notable poeta don Andrés Bolarín, ha obtenido un nuevo triunfo literario.

En la Fiesta del Soneto, organizada por la representación de la Cruz Roja en Alcoy, han merecido el honor de dos premios, dos sonetos suyos, con derecho a elegir dos reinas de las varias que han presidida tan interesante fiesta.

Reciba nuestra cariñosa felicitación.

## ACUSE DE RECIBO

El simpático periódico madrileño "El Parlamentario,, que dirige nuestro querido amigo el ilustre escritor Luis Antón del Olmet, acusa recibo del tercer número de nuestra revista y con este motivo nos dedica cariñosas frases de elogio.

Nos anima, con efusiva cordialidad, a continuar en la labor de cultura regional, que hemos emprendido con tanta modestia como entusiasmo.

Agradecemos en lo mucho que valen tan honrosos estímulos y procuraremos, con el favor del público, hacernos acreedores a los juicios que tan generosamente nos otorga el diario de la corte.

## NUESTRAS FIESTAS

A pesar de haber sido galantemente invitados por el Alcalde de esta ciudad, no pudimos asistir, por haber llegado tarde a nuestro poder la invitación, a la reunión celebrada en el Ayuntamiento para acordar la celebración de las Fiestas de Abril.

No obstante, cuenten los organizadores de las mismas con la cooperación modesta, pero entusiasta, de ORÓSPEDA, interesada en todos los asuntos que benefician a Murcia.

## NUEVO INGENIERO

Ha tomado posesión de su cargo de Jefe de la Inspección de Minas de esta zona, nuestro querido amigo don Gustavo Morales Pozas, hijo del ex-Senador del Reino y notable literato don Gustavo Morales.

El señor Morales Pozas acaba de ejercer el mismo cargo en la zona de Vizcaya, donde ha dejado bien probadas su actividad, competencia y excepcionales dotes.

Deseamos al distinguido Ingeniero le sea grata su residencia en este país.

## BIBLIOGRAFÍA

AYUSO, Leopoldo:—*Bellezas murcianas* (Sonetos).—Prólogo de Enrique Martí. Intermezzo de Pedro Jara Carrillo, Andrés Bolarín y Enrique Soriano. Epílogo de Luis Guirao Cañada.—Murcia, Tip. de "El Heraldo,,.—1916.

Hemos recibido un ejemplar de este sugestivo libro, con una cariñosa dedicatoria de su autor el joven e inspirado poeta Leopoldo Ayuso.

El señor Ayuso, que, como Séneca, da al tiempo lo que es del tiempo, tributa en esta su primera obra un galante tributo, de justicia y admiración, muy de poeta, a buen número de nuestras bellas paisanas, no a todas, que para ello sería necesario llenar varios volúmenes.

¿Qué mejor asunto puede escoger una musa de veinte abriles, que celebrar a la mitad más adorable 'del género humano' ¡Apolo rindiendo su lira á las plantas de Venus! ¡La belleza femenina como eterno manantial de inspiración! Ya lo dijo el exquisito cantor de las *Rimas*: "Mientras haya una mujer hermosa,—habrá poesía,,.

El señor Ayuso ha tenido una feliz y peregrina idea. Ha escrito veinticinco sonetos—buenos y medianos,—que son lindas miniaturas en que se describen y se loan, con toda la brillantez coruscante propia del estro poético. otras tantas bellezas murcianas, de esas que, como ha dicho un compañero nuestro, nos hacen dichosos cuando nos miran. Y para demostrar que sus descripciones y encomios no son hipérbolos de adulador ni lisonjas de poeta, sino retratos de parecida exacto y fiel, encabeza cada uno de sus sonetos con el fotograbado de la *retratada*.

"Por esto solamente— como escribe su prologuista—este evocador librito se hace acreedor a toda suerte de bendiciones; si no nos dice en sus páginas nada nuevo, al menos nos ha sugerido el deseo de buscar y soñar con los rostros de esas angelicales mujeres murcianas, dechado de expresión, de candor y de gracia,,.

# LIBROS NUEVOS

## NOVELA

BAROJA, Pio: *Memorias de un hombre de acción. La ruta del aventurero.*—Renacimiento. Madrid 1916.—3'50 pesetas,

BEDOYA, Manuel A.: *El hijo del doctor Woljmann.*—Sociedad española de Librería. Madrid, 1916.—3'50 pesetas.

LOPEZ DE HARO, Rafael: *Floración.* Nueva edición.—Biblioteca Sopena. Barcelona, 1917.—1'50 cartóné, 1'75 encuadernada en tela.

MARTINEZ BARRIONUEVO, Manuel: *Misericordia.*—Biblioteca Sopena. Barcelona, 1917.—1 peseta cartóné y 1'25 encuadernada en tela.

MATA, Pedro: *Corazones sin rumbo.* Cubierta de Santamaría. Librería Sucesores de Hernando. Madrid, 1916.—3'50 pesetas.

QUEVEDO VILLEGAS, Francisco de: *Historia de la vida del buscón llamado don Pablo.* Nueva edición con una noticia biográfica y piteraria sobre el autor por A. Herrera Miguel.—Biblioteca Sopena. Barcelona, 1917.—1 peseta cartóné y 1'25 encuadernada en tela.

RAMIREZ ANGEL, Emiliano: *Los ojos abiertos.*—Renacimiento. Madrid, 1916.—3'50 pesetas.

SAN JOSÉ, Diego: *Puñalada de pizaro.*—Sociedad general de Librería. Madrid, 1916.—3'50 pesetas.

VERGA, Juan: *Eros.* Traducción del italiano de Pedro Pedraza y Páez.—Biblioteca Sopena. Barcelona, 1917.—1 peseta cartóné, 1'50 encuadernada en tela.

## TEATRO

MARQUINA, Eduardo: *El Gran Capitan Leyenda dramática.*—Renacimiento. Madrid 1916.—3'50 pesetas.

MARTINEZ SIERRA: *El reino de Dios.*—Elegia en tres actos. Renacimiento. Madrid, 1916.—3'50 pesetas.

MARTINEZ SIERRA, Gregorio: *Navidad* Ilustrada con reproducciones de Alberto Durero.—Renacimiento. Madrid, 1917.—3'50 pesetas.

## VARIOS

ARAQUISTAIN, Luis: *Polémicas de la guerra.*—Renacimiento. Madrid 1916.—4'50 pesetas.

COROMINAS, Pedro: *La vida austera.* Traducción del catalán de Gregorio Martínez Sierra.—Renacimiento. Madrid, 1917.—3'50 pesetas.

CORTINES y MURUBE, F.: *Elogio de Sevilla.* Crónicas y diálogos.—Imprenta Fontanet. Madrid, 1916.—3'50 pesetas. Cubierta de Marco.

ESPINA DE SERNA, Concha: *Al amor de las estrellas.*—Renacimiento. Madrid, 1916.—3'50 pesetas.

LEROY BERRIER: *El magnetismo personal.* (Atracción personal. Un método para desarrollarla.—Tratado de cultura humana, vertido del inglés al francés por Paul Nysens, traducido de la tercera edición francesa per José Roda Rodríguez (3.ª edición. Barcelona. Librería de R. Ribó, 1916. 2 pesetas.

LLANOS, Julio: *Días de París:* (Agosto 1914-Agosto 1916). Casa editorial Maucci. Barcelona 1916.—4 pesetas rústica y seis pesetas en tela.

LEON, Ricardo, de la Real Academia Española. Obras de... *Los Caballeros de la Cruz*—Renacimiento. Madrid, 1916.—3'50 pesetas.

MARTINEZ SIERRA, Gregorio: *Cartas a las mujeres de España.*—Renacimiento. Madrid, 1916.—3'50 pesetas.

ROMERA NAVARRO, Manuel: *El hispanismo en Norte América.*—Renacimiento. Madrid, 1916.—4 pesetas.

SUX, Alejandro: *Lo que se ignora de la Guerra.*—Casa editorial Maucci, Barcelona 1916.—3 pesetas en rústica y 4 en tela.